

# XXI JORNADAS BIBLIOTECARIAS DE ANDALUCÍA

11 y 12 de noviembre de 2022  
Dos Hermanas (Sevilla)

**Nuevas realidades: nueva generación  
de bibliotecas y bibliotecarios**

*Conferencia de clausura:*

## Un barco y una última frontera

*Ponentes:*

\* José Antonio Pérez Robleda

*Poeta y filósofo*

*Presenta:*

\* Cristóbal Guerrero Salguero

*Expresidente de la AAB*

# Un barco y una última frontera

JOSÉ ANTONIO PÉREZ ROBLEDA  
*Poeta y filósofo*

*Las bibliotecas centradas en los usuarios permiten desarrollar habilidades para la vida. La importancia de esta capacidad reside en que uno de los principales focos para la educación en el siglo XXI es el de habilidades para el siglo XXI. Organizaciones como Unesco, UE, P21, AT, Annex, OECD, Nets, Naep, enGauge, etc. respaldan esta visión y proponen listados de habilidades necesarias para desempeñarse en la sociedad actual.*

*Sin embargo, ¿cuál es el espacio adecuado para adquirir estas habilidades? La primera respuesta sería la escuela, pero este artículo trata de mostrar cómo las bibliotecas son espacios adecuados para el desarrollo de habilidades cuando logra desplegar su capacidad para ser centro educativo informal.*

*Por tratarse de ponencia personal, el artículo muestra diferentes ejemplos en primera persona, tanto del ejemplo que las bibliotecas tuvieron en el autor como de la agencia que él mismo tuvo en otros usuarios, como bibliotecario.*

*Palabras clave: habilidades para la vida, bibliotecas públicas, fair play, espacios de ensayo para la vida, educación informal, función social, usuarios.*

## A SHIP AND A LAST FRONTIER

*Abstract: User-centered libraries allow for the development of life skills. The importance of this capacity lies in the fact that one of the main focal points of education in the 21st century is 21st century skills. Organizations such as Unesco, EU, P21, AT, Annex, OECD, Nets, Naep, enGauge, etc. support this perspective and propose lists of skills needed to perform in today's society.*

*However, what is the right place to acquire these skills? Although the first answer would be the school, this paper aims at explaining how libraries are the right places for the development of skills when they are able to deploy their capacity to be informal education centers.*

*Being this a personal report, the paper shows different examples based on my personal experience, both related to the influence libraries had on the author and to the way the author, as a librarian, influences other users.*

*Keywords: life skills, public libraries, fair play, rehearsal spaces for life, informal education, social function, users.*

*“Las metas e ideales que nos mueven, se generan a partir de la imaginación. Pero no están hechas de sustancias imaginarias. Se forman con la dura sustancia del mundo de la experiencia física y social.”*

John Dewey

## UN BARCO Y UNA ÚLTIMA FRONTERA

Aún no logro explicar por qué mi madre es tan hábil para los ordenadores. Sin apenas leer ni escribir, fue capaz de comenzar a enviar correos electrónicos y tener videollamadas para que vernos cada semana, viviendo a más de 10 mil kilómetros, se volviera una grata costumbre.

El reto mayor, sin embargo, era que mi padre, alérgico a la tecnología, había decidido desde hace mucho quedarse en el siglo XX. Pero un día descubrí un aparato nuevo, uno que creía que él podía entender. Desde México me las arreglé para que lo recibiera y para que otra persona se lo instalara.

Mi padre estaba reticente, casi enfadado, de que lo sacaran de su zona de confort. Configurar el aparato a distancia costó un poco de trabajo, pero cuando ese abuelo alérgico a la tecnología estaba a punto de desistir, por arte de magia tecnológica, las fotos de su nieta comenzaron a desfilar por el aparato. Pronto entendió que las fotos aparecerían solas, que yo las cargaba desde México, sin que él no tuviera más que esperar. Pero lo que más feliz le hizo fue que no tenía ningún botón! Pronto aprendió a deslizar el dedo por la pantalla y al cabo de unas semanas aprendió a hablarle al dispositivo para que le dijera cuándo jugaba su equipo de fútbol o cuál era el número de la lotería. Ahora pasa las tardes sentado a un metro de la pantalla, viendo las fotos que pasan y ha hecho tan suyo el dispositivo que no deja que nadie más le hable. Aún no logramos que nos llame, pero cuando por fin le anunciamos que, después de la pandemia, íbamos a verlo, mi padre solo alcanzó a decir: “estoy deseando abrazar a mi nieta; pero no estoy nervioso, la he visto crecer por este cacharro” (Pérez-Robleda, 2022).

Pero, comencemos por el principio, por mi principio.

Yo era un niño un poco solitario e inseguro y, por qué no decirlo, un poco sabihondo. Recuerdo que, en esa época, mientras otros niños querían ser bomberos o astronautas, yo quería ser investigador de fenómenos paranormales.

En realidad, había aprendido a esconder mis miedos detrás de esa máscara de sabelotodo. Así que en la biblioteca de mi pueblo entré en guardia y, fiel a mi ser,

entré buscando un libro de parapsicología. El bibliotecario, paciente, me miró y, sin juzgarme, tras buscar unos minutos en las estanterías de la biblioteca infantil, regresó con dos libros: uno de parapsicología y una novela infantil, cuyo protagonista era un niño que se hacía amigo de un tren (nunca he logrado recordar su título hasta la fecha). Lleno de curiosidad abandoné mis ansias de joven investigador de lo oculto para devorar aquella novelita en un par de días —Una de las cosas que no les he contado todavía es que comencé a leer muy temprano, antes de los 6 años y era un lector voraz, que leía casi todo lo que caía en sus manos, casi por casualidad, ya que en mi casa no había libros—. La cosa es que esa obra infantil tenía una segunda parte, que se anunciaba en las últimas páginas. No sé si fue un ardid de bibliotecario que conoce los secretos de la animación a la lectura, pero la cuestión es que regresé, no ya a devolver los libros, sino a buscar la segunda parte de esa novelita. Y luego, a pedir más, buscar por mi cuenta, a descubrir el estante de la P de la zona de adultos, y leer, leer. Y así una cosa me llevó a la otra hasta soñar que un día... ¡igual un libro escrito por mí podría estar en esa misma estantería, en la de la P mayúscula!

Pero, no adelantemos acontecimientos, la cuestión es que desde que me atreví a atravesar ese umbral de la biblioteca y pasar por primera vez la frontera de las lecturas azarosas, ya nunca me he ido. En cada momento importante de mi vida ha estado una biblioteca. A veces como espacio al que regresar, a veces como balsa de náufrago en mitad de la nada, y las más de las veces como otra frontera que sumar a la carta náutica de mi vida.

## POR QUÉ LA BIBLIOTECA ME SALVÓ LA VIDA

Y es que una vez dentro de la biblioteca, descubrí que, en ella, no estaba solo: la biblioteca, resultó ser un espacio de juego limpio (*fair play*) donde los adolescentes que eran buleados (en esa época no sé si existía esa palabra, simplemente nos insultaban y pegaban) en espacios más agresivos como calles, plazas públicas o polideportivos, encontrábamos en ella un espacio donde desarrollarnos como personas. No sólo íbamos a leer o hacer los deberes, íbamos a estar, a convivir. En la biblioteca no éramos bichos raros, en ella podíamos expresarnos, nos sentíamos alguien. Además, poco a poco íbamos descubriendo sus códigos, explorábamos sus recovecos como quien recorre un laberinto o un bosque y, sobre todo, éramos tenidos en cuenta: éramos conocidos y reconocidos (Patte, 2011).

Una de las cosas que más me gusta recordar de la biblioteca es que, al menos un grupo de los más habituales, éramos considerados *bibliotecarios infantiles*, ya que conocíamos los ficheros, sabíamos encontrar un libro en las estanterías y devolverlo a su lugar, incluso, ayudar y orientar a otros usuarios. Jugábamos a ser bibliotecarios, sentíamos que aquellos eran nuestros dominios. Aunque no siempre, la vida no es tan simple ni *perfecta* como nos gustaría. Pues cuando había mal tiempo, sucedía

algo aterrador, que nos ponía en guardia. Me explico: cuando hacía demasiado sol o demasiado frío o cuando llovía, los chicos que “vivían” la plaza, las calles de mi pueblo, o sea, los que nos buleaban, insultaban o agredían, obligados a abandonar sus espacios naturales, también se refugiaban en la biblioteca. A veces en hordas, a veces, solos contra la adversidad. Aquellos chicos que nos eran tan ajenos, y que nos amedrentaban, entraban a los baños, paseaban por la biblioteca reconociendo el terreno, y cuando no había nada más que hacer, buscaban un libro. Sí, también ellos lo hacían. Todo en ese momento cambiaba, entonces éramos nosotros los *señores* de los secretos de la biblioteca. Tratábamos de no atenderlos, claro, el miedo estaba ahí, pero al final éramos nosotros quienes les decíamos dónde estaban los cómics, o dónde se podían sentar. Manteniendo cierta distancia, y siempre bajo la protección de la mirada atenta del bibliotecario. Nos sentíamos un poquito importantes, como todo el que supera un pequeño miedo en la vida, el que cruza una frontera que, creía, inexpugnable. ¡Uf!

En otras ocasiones sucedía lo contrario, era la biblioteca la que salía fuera. La biblioteca nos permitía organizar algunos eventos culturales —todos nos creíamos artistas y, algunos, incluso lo eran—. Recuerdo cuando organizamos una serie de exposiciones de nuestras creaciones y nos tocaba prepararlas. Desde la biblioteca, nos prestaban el espacio y nos orientaban, y no solo éramos libres, sino que también éramos responsables. Aprender a elegir una fecha que no coincidiera con un importante partido de fútbol —así descubrí por ejemplo que un Betis-Sevilla es más importante que una exposición de artistas emergentes, incluso para amigos y familiares. Resolver los conflictos que surgían entre nosotros, de las invitaciones, de la inauguración, del cierre y de conseguir los recursos. Recuerdo que en esas ocasiones éramos nosotros los que salíamos en grupos, la mayoría de las veces pintados y con una falsa confianza que se ampara en no perder de vista a los otros. Así que, como una pequeña horda de pictos, salíamos a repartir folletos, a invitar a una exposición o dar abrazos gratis. Cuando hacíamos estas actividades, las fronteras de la biblioteca se extendían, llegaban a donde llegáramos nosotros, las nuestras propias se ensanchaban, nuestro mundo no se quedaba en los muros de la biblioteca, y esos niños tímidos, esos adolescentes inseguros —como era yo mismo—, éramos capaces de salir, atravesar la frontera del mundo y conquistarlo sin dejar de jugar. No nos dábamos cuenta, pero aquellos *juegos*, aquellas actividades, nos ayudaban tanto.

Muchos años después, ya trabajando como educador, descubrí el Marco de Competencias para la Vida que proponía la Unesco, al igual que otros actores como ATCS, enGauge, Naep, Nets, OECD, P21, EU. Annex, (ver imagen a continuación). Resaltan la importancia no solo de acceder y adquirir información sino de que resulte útil y oportuna en la vida. Los marcos son diversos, pero casi todos coinciden en fomentar las habilidades digitales, la creatividad, la curiosidad, el pensamiento crítico, la comunicación, la colaboración, la autogestión y la resolución de problemas (Bravo,

n.d.) Otra cosa en la que coinciden las diferentes organizaciones que promueven estas habilidades es que deben formar parte del proceso de educación de la persona.

RLCS, Revista Latina de Comunicación Social, 79, 76-110  
 [Research] DOI: 10.4185/RLCS-2021-1508 | ISSN 1138-5820 | Año 2021

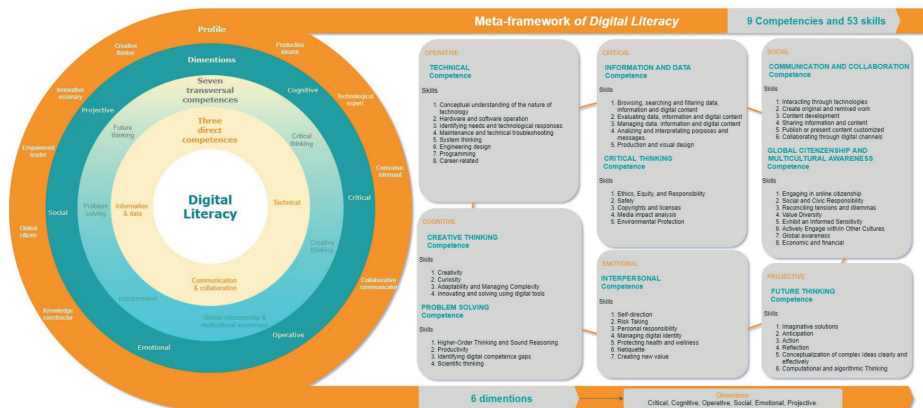


Image: Proposed meta-framework of digital literacy

Source: Self-made integrating the competence frameworks of the 21st-century: ATCS, enGauge, Naep, Nets, OECD, P21, Unesco, EU. \* Annex 3 presents a detailed version with definitions of the proposed meta-framework, as well as its interrelation between profile, dimension, type of competence, competence, and skill.

Durante todo este tiempo, resultó que la biblioteca no fue solo una escuela para la vida, era y es un espacio de ensayo de vida. Un espacio donde convivir, cocrear, colaborar y crear comunidad. En la biblioteca uno podría adquirir responsabilidades de forma voluntaria, responsabilidades que eran reales no un simple juego, pero con la tranquilidad de que siempre había un adulto para ayudar, y no tanto para dar órdenes. Tengo el recuerdo de salas de bibliotecas gestionadas por estudiantes, que los fines de semana cuando llegaban los exámenes se turnaban para hacer de porteros y sentirnos responsables del edificio. O adquirir la responsabilidad de ayudar a los mayores que necesitaban buscar información en internet. Estábamos en plena vanguardia y no lo sabíamos.

## A 1 METRO DE DISTANCIA: MI PRIMER GRAN VIAJE

Pronto, tendría que poner en práctica todas estas habilidades en el “mundo real”, pero la vida, antes, me regalaría una oportunidad que ni soñaba. Por dos años, trabajé en la misma biblioteca en la que crecí. Entonces las tornas cambiaron y era yo el que debía fomentar esas habilidades en la nueva generación de chicos que se refugiaban en la biblioteca.

Una de las primeras cosas que aprendí detrás del mostrador de una biblioteca, es a no ver a las personas como creo que son sino cómo pueden llegar a ser. No limitarlas desde mi mirada sino dejarles espacio para que se desarrollen dentro de un espacio seguro y, al mismo tiempo, manteniendo la convivencia. Es más difícil de lo que parece. ¿A que sí?

Bueno, pues lo primero que hice, no os asustéis, fue ponerme a destrozar ordenadores. Os cuento. Entonces, los ordenadores se volvían obsoletos cada dos años, se multiplicaba la capacidad de los procesadores y de los discos duros cada año. La gente no podía creer que ya no fueran útiles, así que nos cedían aquellos aparatos que con tanto esfuerzo habían comprado (como esas enciclopedias de los 80s, también desfasadas a esas alturas de siglo). Así comenzamos un frugal deshuesadero informático, hasta que supimos de un lugar en nuestro Ayuntamiento donde se almacenaban otros ordenadores obsoletos, y con el objetivo de mejorar nuestras ofertas y aprovechar la afición que yo tenía, no paramos hasta conseguir permiso de reutilizarlos. ¡Nos sentíamos en el paraíso! Junto a esta circunstancia, por supuesto que también había un grupo de chicos refugiados en la biblioteca sin saber qué hacer, como cuando yo era adolescente.

El Javi, el Adri, el Víctor y unos cuantos más, no estaban interesados en el arte y la cultura, me temo que yo no tendría bajo mi responsabilidad a un grupo de *pictos* —como yo mismo fui unos párrafos más arriba. Pero aquellos chicos estaban fascinados por la tecnología, así que muy pronto los puse a arreglar aquellos ordenadores obsoletos. En la zona trasera de las estanterías, aquellos chicos podían hacer aquello que no les dejaban ni en sus casas ni en ningún lado: abrir los ordenadores y destriparlos. El plan, o más bien la excusa, era arreglar aquellos ordenadores y ponerlos al servicio del público. No fue fácil, pero lo logramos. Incluso pienso que fuimos un poco más allá.

En primer lugar, ellos creían que sabían más de lo que sabían, por lo que casi todo el tiempo me estaban preguntando. El primer impulso siempre era el de solucionarles el problema, decirles lo que tenían que hacer. Sin embargo, la respuesta una y otra vez era: búscalo en internet. Así, por ejemplo, descubrieron el término *overclocking*. Uno de los chicos, Javi —que acabaría estudiando informática— descubrió que se podía engañar a un procesador para que fuera a más velocidad de la que estaba indicada, sólo que se acortaría la vida de ese procesador si no se enfriaba adecuadamente. De repente, ellos ya sabían más que yo, y ahora el reto ya no era arreglar aquellos ordenadores, sino volvernos modernos e instalarles programas: se volvió una carrera por mantenerlos fríos. Si aún no lo era, aquí fue donde terminé de volverme *geek*.

La segunda cosa que aprendieron es a enseñar. En aquella biblioteca había pocos ordenadores y se debían utilizar para estas búsquedas los que estaban a disposición

del público, por lo que había menos horas de uso disponibles de lo que les gustaría. Al necesitar ellos más horas para poder seguir investigando, alcanzaron un trato conmigo: por cada hora que ayudaran a un usuario sin habilidades digitales, ellos tendrían una hora extra para investigar. Cuando un adulto me pedía asistencia, uno de estos chicos se sentaba junto a él y le ayudaba. Resultó que, de tantas búsquedas, se hicieron expertos en discriminar información útil, no ya solo de informática sino de cualquier tema y, sin pretenderlo, habían aprendido a aprender. Si en un principio eran rigurosos en anotarse las horas extra de internet que “ganaban”, con el tiempo la relación se hizo natural y dejaron de apuntarse las horas, y los mayores llegaban directamente a buscarlos y ellos los ayudaban sin más. Ambas partes habían aprendido a relacionarse entre generaciones, que curiosamente es una de las habilidades más importantes para el siglo XXI en el que conviven hasta 4 generaciones (Pérez-Robleda, n.d.).

Permítanme todavía otra anécdota que me sucedió con este grupo de chicos, y que será importante para todo lo que aprendí después. Hubo un verano en el que digitalizamos apasionadamente. Aquel verano estábamos en plena transición digital en nuestra biblioteca y había muchos libros que etiquetar. Aquel grupo de chicos y yo nos sentamos en una mesa una mañana en la que ya estaban aburridos de puzzles y tebeos, y les dije: “pues hay que etiquetar mil libros, ¿lo hacemos en dos meses?” A lo que ellos respondieron: “mejor en uno”. Así comenzó un trabajo de hormiga, capaz de sacar canas verdes a cualquier amante de los planes. Os explicaré: era verano y los chicos venían cuando venían, y venían como venían. Y esto no es otro trabalenguas, simplemente es la realidad ya que en verdad no tenías ninguna seguridad de cuándo y cómo venían. El trabajo se organizó en bloques pequeños, de tal modo que la responsabilidad era cuántica, cada quien se hacía responsable de un pequeño bloque de libros que podía sacar en una hora y luego a lo mejor sacaba otro bloque o tres, según tuviera el día. Así cada uno contribuía de manera dispersa a un proyecto común. Por mi parte, claro, tenía que explicarles la meta y, día a día, contarles cuánto habíamos avanzado y celebrar con ellos cada logro y, por supuesto, organizar la fiesta final cuando se etiquetó el libro número mil.

Pues resulta que las más modernas formas de organización laboral, las que utilizan Google, Coca Cola, Nestlé, Estafeta, etc. (empresas con las que luego colaboré) eran precisamente estas: empoderar, animar y celebrar el trabajo. Así que, por mi parte, sin darme cuenta estaba aprendiendo las más modernas habilidades de gestión y liderazgo (Sinek, 2019). Ese fue el último regalo que me hizo la biblioteca: pasar de la frontera del aprender a la de enseñar. No como un maestro de escuela, sino con todas las posibilidades de desarrollo humano que da la Educación No Formal.



## UNA BUENA MOCHILA

En el tiempo que estuve trabajando en la biblioteca no solo estuve en la biblioteca. Perdón si esto parece otro juego de palabras, pero es que la biblioteca para mí, tiene fronteras permeables que uno atraviesa constantemente. Como en el viaje del héroe (Campbell, 2017) una vez que se pasa el umbral de lo extraordinario, sólo se puede regresar a la vida ordinaria con nuevos conocimientos. Y así pasó la mayor parte de mi juventud: yendo a y viniendo de la biblioteca.

Aquel chico solitario del comienzo de este texto ya era un joven universitario y de repente le surgió la oportunidad de ir a Tailandia. No solo era mi primer viaje a Asia, sería la primera vez que viajara en avión. Los pormenores del viaje son menos importantes que la preparación y las consecuencias. Para prepararlo, por supuesto acudí una vez más a la biblioteca, pues para atravesar aquella frontera, era necesario regresar a lo ya conocido. Allí, con guías y folletos impresos, búsquedas en el ordenador y consejos que otros viajeros habían dejado (pues con todo ello se había ido creando cooperativamente una “Viajoteca”) me preparé para la aventura más extraordinaria de mi vida hasta aquel momento. Aquel chico de barrio que yo sigo siendo, saldría no ya de su pueblo y de su país, sino que ya, creo, no volvería a ser el mismo.

En Tailandia descubrí la globalización. Me sorprendió encontrar en cada esquina budas de jade en hornacinas de plástico con letras doradas, que me recordaron tanto a los puestos de donde se venden imágenes de vírgenes o santos en nuestro entorno. Pero, sobre todo, me sorprendieron las joyerías. En Tailandia se fundían joyas de plata, que luego se venderían en mercadillos de artesanías de todo el mundo. Es decir, que aquello que parecía estar alejado de la globalización, estaba completamente globalizado.

Algo más llamó mi atención. En Tailandia se fundía la plata, pero los moldes se compraban por cajas y venían de un tercer país que no logré identificar. Así que lo que nos pondríamos los jóvenes alternativos de todo el mundo se decidía en algún lugar, donde se fabricaban los moldes de cera de pendientes, colgantes, y anillos (como los del Señor de los anillos), y que estaba tan de moda por aquel entonces. Así fue como se me ocurrió empezar a mirar en la parte de atrás de los edificios.

Como una de las cosas que había aprendido en la biblioteca fue tomar fotos, cuando emprendí el viaje a Tailandia, la cámara no podía faltar. Con mi vieja Nikon de carretes —un anacronismo en una época en la que ya había cámaras digitales— fotografié la parte de atrás de los edificios de Tailandia, y luego los de Sevilla, Dublín, Oviedo, Lisboa, Roma, Madrid, Tánger y Ciudad de México. Aquel adolescente de barrio se lanzó a hacer un proyecto internacional: Envés.

Envés, fue un proyecto fotográfico que reflexionaba sobre quien globaliza las cosas que aparentemente no se han globalizado. Por qué el tendido eléctrico de

la Ciudad de México se parece al de Bangkok, o por qué la salida de servicio de un edificio en Dublín se parece tanto a la de Tánger. Por supuesto, el primer lugar donde expuse “Envés” fue en mi biblioteca, pero para ese entonces, mi biblioteca ya me había enseñado a atravesar sus fronteras, sabía escribir un proyecto, gestionar recursos, hacer un *flyer* y la importancia de tener un dossier de prensa. Así que lo siguiente fue exponerla simultáneamente en Ciudad de México, en la Universidad Panamericana, y en Sevilla en la Universidad Hispalense, en dos sedes: Rectorado y Facultad de Filosofía. Todavía tuvo “Envés” una segunda vuelta auspiciada por un sindicato, que la llevó a Jaén y a otra sede en Sevilla, ya con una escenografía adecuada y más en condiciones.

A estas alturas, ya había traspasado muchas fronteras, algunas de ida y vuelta, pero una de mis barreras seguía siendo el inglés. Por eso uno de los destinos que aparecían en Envés fue Dublín, Irlanda. Allí pasé tres veranos consecutivos, pero, os aviso, que el más curioso fue el segundo.

Mi primer verano en Dublín llegué con una carta de recomendación que me permitió trabajar en el restaurante de la National Gallery, pero el segundo verano, al llegar, resultó que hubo una confusión con las fechas y no había trabajo. Así que me puse a buscarlo. Por azares del destino, conseguí un pequeño trabajo de albañil en St. Marys ProCathedral, que es la catedral donde el obispo de Dublín tiene su sede.

Pues un buen día, cuando estaba transportando unos paneles de yeso —así se construye en Irlanda— llegó el canónigo responsable de la catedral. En mi pobre inglés alcancé a entender que me felicitaba por mi trabajo y que tenía otro trabajo para mí, esta vez para todo el verano, a lo que por supuesto dije: “yes, of course”. Una vez se fue el canónigo, me explicaron que acababa de aceptar un trabajo de sacristán.

Aun no entiendo qué vieron en mí o por qué le dieron un trabajo de tanta responsabilidad en una catedral a un completo desconocido, pero aquella fue una de las experiencias más alucinantes de mi vida. Entre otras cosas, yo tenía las llaves de todas las puertas de la catedral, lo que en realidad era solo una cuestión del tamaño de la responsabilidad, ya que antes las únicas que había tenido eran las de mi casa o de la biblioteca. Muy pronto adquirí los hábitos de la catedral: llegar por la mañana, una hora antes, ronda de apertura, encender las luces y abrir a los primeros feligreses que estaban esperando en la puerta para recoger antes que nadie el periódico de la catedral, luego asegurarse que todo estuviese listo para las misas, atender a los que llegaban a pedir alguna información, atender a personalidades que llegaban cada día, solventar algún imprevisto, y luego cerrar todas las puertas menos una, revisar que no se quedara nadie dentro, cerrar la puerta, hacer la ronda, apagar luces y salir. Vamos, casi como en una biblioteca.

## LLEGÓ LA VIDA DE VERDAD

Después de Dublín acabé la carrera y se acabaron los ensayos: llegó la vida de verdad. Ahora, había que poner en práctica todo lo aprendido. Una de las primeras lecciones que tuve que afrontar fue la de emigrar. En 2008 fui uno de los primeros de mi generación que se vio empujado a dejar su país por la situación económica. Así que agarré mis maletas y me vine a México.

En la biblioteca aprendí, como os dije, a “jugar” entre otras cosas a diseñar, así que mi primer intento en México fue encontrar trabajo de diseñador. Pronto encontré un trabajo en la Universidad Panamericana de Ciudad de México. Sin embargo, en los siguientes años, descubrí que tenía muchas otras habilidades que no se me habían ocurrido. Fui comunicador, profesor de filosofía, de tecnología, abrí un restaurante clandestino y también me hice consultor. Ahí descubrí el poder del juego en las organizaciones, pero sobre todo descubrí que tenía una gran habilidad para hacer que las personas entendieran de forma fácil cosas difíciles. Gracias a los cuentos que había aprendido a contar en la biblioteca, pude hacerme experto en *storytelling* y comunicación efectiva, ayudando a cientos de personas a llegar a sus audiencias de manera más eficaz. Y finalmente, poco a poco, encontré mi verdadera pasión: la educación.

En 2015, comencé a enseñar las herramientas de Google para Educación, y en 2017 fui uno de los primeros Entrenadores Certificados por Google para Educación (GCT, Google Certified Trainer) en Latinoamérica, en concreto el número 16. También por esas fechas entré a trabajar como director de servicios en uno de los primeros socios de Google para Educación en Latinoamérica. Ahí pude poner a prueba muchas de las cosas que ya había aprendido diseñando productos, ofreciendo talleres con un estilo determinado que permitía centrarlos en la persona y acompañar a los docentes. Pero mi servicio estrella, era el de transformación. En 18 meses podíamos llevar una escuela 100% analógica a recibir el galardón que Google ofrecía para sus escuelas oficiales de referencia. Hasta 2021 había logrado acompañar en esta certificación a la mitad de las Google Reference School de Latinoamérica. Teníamos un catálogo de servicios presenciales que estaba ayudando a muchas escuelas. El modelo implicaba viajar casi cada semana y contar con entrenadores locales, conocer a muchos profesores y directores.

Y en ello estábamos, cuando de repente, ... llegó la pandemia.

Y todo lo que habíamos aprendido a hacer durante los últimos 3 años, prácticamente no servía de nada. Las escuelas tampoco sabían qué hacer. Era necesario pasar lo que era nuestra práctica a digital. Por supuesto que a esto no podría solo. Aquí pude volver a poner en práctica todo lo aprendido en la biblioteca. Tuve que trabajar como se trabajaba en ella. Os puede parecer pesado, insistente o incluso atrevido. Pero déjenme explicarme.

La mayor parte de mi equipo eran becarios que estaban contratados con la promesa de sueldo y de hacerlos Entrenadores de Google para Educación, además de una subdirectora que también se estaba estrenando en el cargo. Recuerdo que nos conectamos a una videollamada y, como si hubieran sido el Adri, el Javi y el Víctor, les dije: *tenemos que convertir nuestro producto en formato digital*. Para mi sorpresa la reacción del grupo fue la misma que años atrás, y las ideas comenzaron a fluir. Llevábamos meses grabando píldoras de vídeo con micro habilidades para que los profes pudieran aprender una cosa a la vez, por lo que decidimos completar esos videos en un par de semanas, repartiéndonos la tarea que faltaba. Así que hicimos ese trabajo en pequeños bloques, viendo resultados diarios y avances globales, pero sobre todo cubriéndose, ayudándose unos a otros. Pero los videos no era lo único que había que hacer: tuvimos que diseñar las clases de tal modo que una escuela pudiera pasar de analógico a digital en unas pocas semanas (casi tan rápido como nosotros lo estábamos haciendo), que permitiera entrenar a cientos de maestros y sobre todo acompañarlos. Y no bastaba con mi equipo, así que me acordé de cómo había aprendido a hacer las cosas: me acerqué a otros equipos y pedí ayuda, para realizar ejercicios, y habilidades en orden de utilidad. Todo estuvo orientado a la practicidad y centrado en los profesores.

En apenas dos semanas diseñamos un Programa de Adopción Digital dividido en 4 módulos de 1 mes, pero el primero debería ayudar a una escuela a pasar de clases analógicas a digitales en el lapso de un jueves a un lunes. Como efectivamente resultó con nuestra primera escuela.

La mayoría de nuestras conversaciones giraban en torno a qué problemas tendría un profesor en sus clases en línea y cómo podríamos resolverlos, por ejemplo, con vídeos, o con atención a distancia. En esta época mi principal trabajo era que al equipo no les faltara de nada y que estuvieran emocionalmente bien. Pero sin duda, la clave de aquel producto no eran las más avanzadas técnicas pedagógicas ni la aplicación de técnicas de ingeniería, era algo mucho más simple: querer atender a quien recibía aquellos cursos de la manera más personal, cuidada y cariñosa posible.

Me sirvo de 3 ejemplos:

La primera batalla fue la de la comunicación. Pedimos comunicarnos con los profesores por WhatsApp y no por Google Chat, que por supuesto era mucho más seguro y profesional. Como el criterio adoptado fue el de la atención personalizada y cuidada a cada uno, observamos que la mayoría de profesores ya sabían usar WhatsApp, así que no tendrían que superar ninguna barrera para poder preguntarnos si no entendían algo y asegurábamos la comunicación. Ya habría tiempo más adelante de pasar a Google Chat, pero por ahora lo importante era tener un canal donde comunicarnos con ellos.

La segunda fue la de no dejar a nadie atrás. Descubrimos que muchos profesores vivían todo esto con ansiedad, ya que no tenían las habilidades mínimas para trabajar en el ordenador. Sus problemas, la mayoría de las veces, eran muy simples y por ello decidimos ofrecer una clase previa al curso, solo para un máximo de 10 profesores que no tuvieran estas habilidades digitales. Este déficit de habilidad, la mayoría de las veces coincidía con profesores mayores. En esto podría contarles mil anécdotas. Pero, recuerdo con especial cariño a un profesor (Alberto), a quien desesperado porque no alcanzaba a cambiar de pestaña en su navegador, le pedí que pusiera el cursor del ratón en mi mano y que la siguiera por la pantalla hasta llegar a la pestaña. Muy pronto descubrimos que profes como él, en cuanto sabían cambiar de pestaña, de cuenta de Google y algún par de cosillas más por el estilo, no solo eran capaces de seguir el curso, sino que se volvían los primeros defensores de nuestras herramientas ante sus compañeros. Simplemente, habían dejado de sentirse desplazados y se sentían acompañados.

Y esta precisamente fue la tercera batalla, la del acompañamiento. Armar un servicio de atención al usuario es algo costoso y lleva mucho tiempo. Sobre todo, porque cada vez había más profesores inscritos al programa. La solución fue sencilla, distinguimos a los entrenadores de los mentores. Los mentores eran aprendices, que iban apenas un paso por delante de los docentes a los que ayudaban, (y así como años antes hacía con los chicos de la biblioteca), debían resolver las dudas de otros profes y atenderlos, al mismo tiempo que ellos crecían. Casi todos los que comenzaron como mentores acabaron siendo Entrenadores Certificados. Al final, más que aprender las herramientas de Google para Educación o superar un examen, habían aprendido a atender a personas, a escuchar a los demás y a empatizar con sus problemas.

El Producto fue tan bien que, de marzo de 2020 a febrero de 2021, entrenamos a 11 mil maestros en México, Chile, Ecuador y España; con un Net Promotion Score (NPS, n.d.) por encima del 90% entre los directores y una calificación de 3.89 sobre 4 entre los profesores.

Ese año, 2021, este servicio quedó finalista del proyecto HundrED del Banco Mundial, (Edvolution Digital Adoption Program, 2021) donde se recogían los 100 proyectos educativos más innovadores de todo el mundo. No quedamos entre los 100 más innovadores, pero sí en la lista de 150 seleccionados. Por otra parte, fueron tantos los cursos que dimos y que logramos reportar escrupulosamente, que Google nos otorgó en la primavera del 2021 el reconocimiento al Mejor Socio Comercial para Educación de todo el mundo por el trabajo realizado en 2020. A estas alturas, ya no me quedaba duda, de todo aquello que aprendí en la biblioteca y que me servía para la vida.

## Y, POR SUPUESTO, LA POESÍA

Además de las fotografías, los viajes, mi trabajo con docentes y como consultor para empresas, otra cosa de la que aún no les he contado es que comencé a hacer rimas antes de aprender a escribir. En mi familia, en ese entorno de los conocidos, tenía hasta cierta fama de los poemas que le hacía a mis tíos o conocidos para alguna celebración o momento. Así que era muy feliz con la poesía hasta que entré en la escuela, porque en la escuela, y sobre todo en el instituto, sufrí mucho, y casi me convencen de que jamás iba a ser escritor con aquella letra y con mi pésima ortografía, en parte por eso opté por dedicarme al diseño gráfico (ahí los textos ya me venían dados); aunque el peligro era que una pequeña errata se veía, depende del formato, a 3 km de distancia en un anuncio o repetida 1000 veces en una octavilla.

Pero tuve la suerte de tener a mano una biblioteca donde podía poner en práctica ambas cosas, el diseño y la poesía. En esa época aún era uno de esos *pictos* que nombraba al comienzo, y se me ocurrió, como a miles antes que a mí, que la poesía debía ser libre y fluir como el viento, así que hice algo muy sencillo: los Poemas del pavo, destinados a esa edad del pavo en que yo mismo estaba y que puede volver en cualquier momento de la vida. Era un A5 de color con un poema bordeado por un dibujo de una línea hecho con las palabras del mismo texto. Sencillo pero atractivo. ¡Parecía una publicidad más en el mostrador de entrada!

Aunque la verdad es que, con mi caligrafía y mi ortografía, cada vez veía el soñado estante de la P más lejano. Cada vez me consideraba más que nada un simple lector.

Y el tiempo trajo otras lecturas y otros intereses, hasta que en 2013 me pasó una de las cosas más terribles que le pueden pasar a un *geek* como yo: se rompió el disco duro de mi ordenador. Ya vivía en México así que no tenía respaldo en papel de casi nada: tuve que ponerme a rebuscar entre todas mis copias de seguridad, mis USBs, mis cds, mis correos, para tratar de rescatar mis archivos. Y una de las cosas más curiosas que descubrí es que en todos aquellos años en que se suponía que había abandonado la poesía, en realidad no había dejado de escribir. Tenía un poema por aquí y un poema por allá, así que los junté todo en una carpeta y me di cuenta que tenía casi suficientes para hacer un libro. Acabé quitándome otro de mis complejos, ordené mis poemas, hice un manuscrito y lo mandé a la convocatoria del premio Adonais de Poesía. Unos meses después, en otra biblioteca, la Biblioteca Nacional de España, se anunciaba ni nombre, Primer Accésit de la edición número 68.<sup>a</sup> del Premio Adonais. Yo estaba en México y me enteré por *Twitter*.

Les confieso que el segundo momento en que me he sentido más orgulloso de mí fue cuando en la editorial Rialp te enseñan la colección completa de los Adonais. Uno imagina que será una biblioteca, pero, en realidad es solo un estante de metro y medio, y ahí están todos los poetas que has leído y admirado durante tanto tiempo.

Y al final, el último de esa colección, estaba mi libro. Ese fue el segundo, porque el primero, el momento en que más orgullo me hizo sentir la poesía fue cuando, ya en mi pueblo, el bibliotecario de siempre, me pidió 5 ejemplares: 2 se iban a ese estante de la P que me sabía casi de memoria, y los otros 3, al depósito, donde sólo duermen los libros verdaderamente importantes. Ahí, de repente, estaba yo, quién sabe si para siempre, o al menos un ratito.

Antes de acabar, permítanme que os deje aquí un poema:

### *Los hubiera*

Para hacer espacio al progreso  
inundaron la aldea,  
movilizaron a los lugareños,  
entregaron instrucciones precisas:

debían llevarse cuanto flotara.

Aun así, el día después  
hubo cientos de objetos  
que flotaron por meses:

puertas atoradas por años  
cajones que no pudieron abrirse,  
retratos de familiares olvidados,  
hasta un ataúd flotó días  
sin que nadie lo reclamase.

Lo último que se hundió  
fue una bota sin espuelas.

Todavía hoy,  
una vez al año, abren la represa  
y las barcazas de los lugareños  
corren a buscar sus antiguas casas

a veces con sus hijos  
a veces con sus nietos  
a veces solos,  
sin su alma.

Algunos  
se sumergen en busca de tesoros,  
a otros se les oye gritando:

—ahí, ahí, aún no se cae el techo.  
—aún se ve la puerta roja.  
—esa era la cocina de tu tía.  
—ese es mi cuarto.  
—ese olmo daba peras.

Al caer la tarde, vuelven las barcas  
y la presa esconde otra vez el pueblo  
y quedan flotando en el agua  
cientos de hubiera.  
(Aguilar, 2022).

## LA VOCACIÓN POR LA ÚLTIMA FRONTERA

Si me he permitido inundar esta ponencia de recuerdos, es porque cada uno de ellos ha supuesto tomar una elección y cruzar una frontera vital en este viaje que llamamos vida. Si atendemos a Humberto Maturana, cada vez que hacemos una elección creamos mundo, hacemos que suceda algo que bien podría no haber sucedido. Esto hace de la vida una sucesión de *hubieras* casi infinitos.

Llegando al final de este texto, es importante resaltar que nada de lo contado es casual. Para que exista una relación así con una biblioteca, para que esta se convierta en un espacio de experimentación efectiva, son necesarias unas personas que quieran explorar y una biblioteca que se lo permita. Actualmente vivo en un país donde la mayoría de bibliotecas públicas no lo permiten, porque la idea que se tiene de biblioteca está enfocada a los libros que la conforman y no a las personas que la habitan. Es, pues, necesario una visión de la biblioteca que permita convertirla en



un espacio de experimentación y crecimiento. Es también necesario pensar cuál es nuestro concepto de usuario. Como Paulo Freire decía “detrás de cada institución hay una concepción del mundo y un modelo de persona”. Si pensamos que nuestros usuarios son ladrones de libros, enfocaremos nuestra atención en las medidas de seguridad, si pensamos que son estudiantes nos enfocaremos en el silencio y el ambiente de claustro. Si pensamos que son integrantes de la comunidad a la pertenecemos, nos enfocaremos en hacer coincidir la biblioteca y la vida, es decir, provocar que se atraviesen, que se incidan continuamente (Gómez, 2004) (Kadner, 2022).

Y dejé para el final lo más obvio: es necesario dotar de recursos a estas bibliotecas, porque en caso contrario todo puede quedarse en buenos deseos y poesía legal.

Lo sé en carne propia, porque he estado en muchas bibliotecas donde no me sentí vinculado a ella y porque tuve la suerte de haber crecido en una biblioteca comunitaria, que me permitió equivocarme en un espacio conocido, atravesar mis propias fronteras en un territorio seguro, experimentar allí donde podíamos corregir mis propias acciones sin grandes consecuencias. Me permitió atravesar tantas fronteras con la seguridad de lo vivido.

Del mismo modo que Cernuda, después de años en Estados Unidos al atravesar la frontera de México se siente en casa, y dice: *Apenas atravesada la frontera [...] comenzaron a despertar [...], penosos, los recuerdos*. Igual que el poeta, casi cada nuevo reto, casi cada nuevo salto a lo desconocido tiene un cierto regusto a los años en los que aprendí a superar mis miedos, a encontrar mis límites y mis potencias: a ser la persona que hoy soy.

¿Qué sigue?: yo no lo sé para mí y no puedo decírselo a Uds. Si lo pensamos, cada uno sabe qué frontera ha atravesado y cuales les falta por atravesar.

Pero tengo fe en la biblioteca, mi fe que como la de Wislawa Szymborska (1992) en su poema “Descubrimiento”, es *fuerte, ciega y carece de fundamento*; la que me permite creer que no importa el tamaño del reto: allá donde esté la siguiente aventura habrá una biblioteca. Porque todo bibliotecario que se precie

tiene siempre listos  
un libro y una última frontera,  
por si acaso (Pérez-Robleda, 2015)

## REFERENCIAS

- AGUILAR, J. D. (2022, July 29). 5 poemas de José Antonio Pérez-Robleda. Recuperado de <https://www.zendalibros.com/5-poemas-de-jose-antonio-perez-robleda/>
- BRAVO, M. C.; Chalezquer, C. S. y Serrano-Puche, J. (n.d.). Meta-marco de la alfabetización digital: Análisis comparado de marcos de competencias del Siglo XXI. Recuperado de <https://www.doi.org/10.4185/RLCS-2021-1508>
- CAMPBELL, J. (2017). *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México.
- Edvolution Digital Adoption Program. (2021, March 19). Recuperado de <https://hundred.org/en/innovations/edvolution-digital-adoption-program>
- GÓMEZ VALERA, M<sup>a</sup>. C. (2004) *Una mirada externa: entrevista a Maja Berndtson*. Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios. Vol. año 19 números 75 - 76 p. 261-267
- KADNER, M. (2022, January 04). Helsinki ensaya el ágora del siglo XXI. Recuperado de <https://elpais.com/internacional/2022-01-04/helsinki-ensaya-el-agora-del-siglo-xxi.html>
- Net Promoter Score: NPS ¿Qué es y cómo se calcula? (n.d.). Recuperado de <https://www.inboundcycle.com/blog-de-inbound-marketing/net-promoter-score-nps-que-es-y-como-se-calcula>
- PATTE, G. (2011). *Déjenlos leer: Los niños y las bibliotecas*. Fondo de Cultura Económica Ciudad de México.
- PÉREZ-ROBLEDA, J. A. (n.d.). José Antonio Pérez. Recuperado de <http://perezrobleda.com/index.php/blogs/educacion-trans/104-transgeneracional/195-tres-caracteristicas-de-la-generacion-touch>
- PÉREZ-ROBLEDA, J. A. (2015). *Mitología íntima*. Rialp. Madrid.
- PÉREZ-ROBLEDA, J. A. (2022) *Conectar, desconectar, reconectar. Tecnología que une a las personas y una pandemia que lo hizo evidente*. Ciutat Nova 191 otoño 2022 p. 8-14.
- SINEK, S. (2019). *Líderes comen al final, Los (Edición Revisada)*. Urano. Barcelona.
- ZYMBORSKA, W., BELTRÁN, G., & MURCIA, A. A. (2012). *Poesía no completa*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México.

# Una solución de hoy pensando en el mañana

**Gestión de todo tipo**  
de bibliotecas y contenidos

